

LA EDUCACION DE LOS ESCLAVOS NEGROS : EL CASO DE COLOMBIA

Edgar Llinás Alvarez / El Colegio de México

Mención

Introducción

El presente trabajo es un esfuerzo —quizá el primero— de examinar atentamente el proceso de incorporación cultural del negro en Latinoamérica, y especialmente en Colombia, desde el punto de vista de la teoría pedagógica. Asumimos aquí que esta incorporación cultural fue ante todo una operación educativa, y que su análisis histórico es esencial con el fin de definir el papel del negro en la civilización latinoamericana.

El proceso general de incorporación del negro puede ser dividido en dos partes: una negativa y otra positiva. La negativa implicaba la obliteración de la herencia cultural del negro hasta que su mente era transformada, como Locke diría, en una tabula rasa. La etapa positiva o activa consistía en instilar en la mente del negro un nuevo carácter apropiado a su condición servil y a la tradición religiosa del mundo hispánico.

En la incorporación del negro se pueden ver otros tres procesos sociales en acción: uno general de aculturación, que está presente donde quiera que el negro entra en contacto con la cultura occidental; otro específico de entrenamiento religioso y ético llevado a cabo por la Iglesia; y finalmente, un proceso de entrenamiento técnico en minería, agricultura y artesanías. Empezaremos examinando el desarrollo de la aculturación.

La aculturación del negro

Es un hecho antropológico bien conocido que todas las culturas, aun aquellas que parecen más inactivas, sufren el cambio cultural; un proceso más o menos lento por medio del cual los patrones de cultura de una sociedad dada se modifican, quizá en un esfuerzo por adaptar esa sociedad a su medio ambiente. Esta tendencia hacia el cambio incluye varios subprocesos, algunos favorables a él y otros cuyo propósito es mantener la estabilidad cultural. Entre los primeros podemos contar la invención, el descubrimiento, el préstamo cultural y la aculturación. Entre los segundos incluimos la endoculturación y lo

que Aguirre Beltrán llama el proceso dominical.

El efecto acelerador sobre el cambio cultural de la invención y el descubrimiento es obvio. Ellos están complementados y estimulados por el préstamo cultural que es un caso especial de la aculturación. Aunque la aculturación puede tener lugar entre dos culturas cualesquiera, la influencia de la cultura occidental, a medida que se puso en contacto con pueblos más simples, asumió un carácter tan preeminente que ahora cuando nos referimos a este fenómeno casi siempre implicamos la existencia de la cultura occiden-

tal en uno de los lados de la ecuación. Es oportuno que definamos aquí lo que significamos por aculturación y para ello parafrasearemos a Aguirre Beltrán: es el proceso de cambio que emerge del contacto de grupos de diferente cultura, y está caracterizado por el continuo desarrollo de un conflicto de fuerzas entre modos de vivir opuestos que se mueven hacia su total identificación, y que se manifiestan, objetivamente, en su existencia a varios niveles de contradicción.¹

Entre los subprocesos cuyo propósito es mantener la estabilidad cultural, hemos mencionado la endoculturación y los mecanismos dominicales. La endoculturación, lo mismo que la aculturación, es una forma de educación más o menos sistemática, por medio de la cual los valores y la tecnología son asimilados. En el caso de la endoculturación, el individuo aprende las tradiciones de su grupo por mecanismos adaptados a su edad que lo fuerzan a tomar un papel culturalmente adecuado.

Los mecanismos dominicales son característicos de aquellas sociedades segmentadas donde una élite occidental se ha establecido en medio de una población no occidental. Ellos incluyen tales artificios como la segregación racial, usualmente basada en la creencia de la superioridad de la raza blanca, lo que generalmente conduce a la subordinación política, a la dependencia económica, y al tratamiento desigual para los que no son blancos, todo lo cual hace a la población nativa el objeto de prevención coercitiva para proteger los privilegios del grupo dominante. Tan pronto como la educación formal se hace incompatible con un sistema rígido de castas, la masa de la población es deliberadamente puesta más allá del alcance de tal educación porque ésta sería una amenaza a la estructura entera. Es entonces cuando usualmente emerge el conflicto entre los ideales de los misioneros y las duras necesidades de la élite blanca, lo cual, como regla general, conduce a la sujeción de la acción evangélica a los intereses de los colonos, consolidando así la conquista de los blancos, promoviendo la conformidad de los no-blancos, haciendo tolerable su pérdida de libertad.

Es importante reconocer, sin embargo, que antes del establecimiento de los mecanismos dominicales una aculturación más o menos intensa tiene que haber tenido lugar. El patrón usual es primero un contacto general entre una nación occi-

dental y una sociedad no occidental; segundo, la subyugación de esa sociedad; tercero, una intensificación del proceso de cambio en esa sociedad debido a la influencia de la nación occidental, la cual, por medio de la aculturación forzada, derriba los modos tradicionales y produce lo que Fals Borda ha llamado la subversión cultural;² y cuarto, el establecimiento de los mecanismos dominicales que tratan de detener el desarrollo de la sociedad no occidental limitando los contactos entre los grupos, las razas, o las naciones, e introduciendo normas estereotipadas de conducta, con la esperanza de que los nativos permanezcan en el estado colonial para siempre.

Debemos enfatizar que lo que comienza en un proceso de intensa aculturación y se mueve hacia el nivel de la subversión cultural termina en el estancamiento cultural. Tan pronto como los mecanismos dominicales emergen, la economía es manipulada de tal manera que el trabajo de la población no occidental sirve a los propósitos de la élite blanca, y justifica las formas estereotipadas de conducta, degradando el carácter o la constitución racial de los nativos. Los ejemplos de este fenómeno son muy numerosos, pero el caso de don Antonio de Narváez y la Torre, un economista ilustrado del siglo XVIII en Colombia, es particularmente significativo, él habla del poco uso de los indios, y añade que su

natural abandono, y havidad a la ociosidad, en que han nacido, y criándose les ha hecho contraer una especie de aversión imbecible al trabajo, que se ha hecho carácter en ellos. . . Los mulatos, sambos, y negros, libres, mestizos y demás castas de gentes comunes del país (que hacen casi el todo de su población), participan mucho de este carácter. . . Viven sin ambiciones, lujo, ni emulación, que es un móvil o incentivo poderoso, para el trabajo; reducidos únicamente, al cuidado de su mera existencia, les basta lo muy preciso para conservarla, y no adelantan a más la imaginación ni el trabajo.³

Don Antonio, irónicamente, concluye su discusión de la economía de la provincia de Santa Marta proponiendo la introducción de un buen número de esclavos para proveer las plantaciones.

²Orlando Fals Borda, *La subversión en Colombia*, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1967, p. 38.

³Sergio Elías Ortiz, *Escritos de dos economistas coloniales: Don Antonio de Narváez y la Torre y Don José Ignacio de Pombo*, Bogotá, s. c., p. 45.

¹Gonzalo Aguirre Beltrán, *Regiones de refugio*, México, Instituto Indigenista Interamericano, 1967, p. 6. Toda nuestra discusión de la aculturación debe mucho al trabajo de Aguirre Beltrán.

A medida que entramos en la fábula de la historia negra debemos distinguir entre dos casos diferentes de aculturación: el de las sociedades negras de Africa y el de los negros trasplantados a América. El primer caso es hasta cierto punto similar al del indio americano. El negro en Africa, aunque subyugado, permaneció en su ambiente tradicional, con su propia organización social, y expuesto a las influencias de su familia, sus ancianos y su herencia cultural. Este no fue el caso del negro traído a América. En la introducción hemos hablado de una etapa negativa por la cual este último tenía que pasar durante el proceso de la incorporación cultural. Esta etapa comenzaba para el esclavo negro con la separación forzada de su familia y su comunidad; luego aquellos que iban a ser traídos a América eran seleccionados de acuerdo con la edad, y sólo los jóvenes, aquellos que aún no habían madurado dentro de su tradición, eran enviados al nuevo continente.⁴ Los viejos y los enfermos eran rechazados. Entonces, como dice Virginia Gutiérrez de Pineda, el trasplante significaba injertarse en un nuevo ambiente, desconocido y hostil. El suelo era diferente, con sus recursos naturales, con su paisaje, su clima y su topografía. Diferente también era el alimento, el vestido y los adornos. Los instrumentos con los cuales él era transformado en fuerza laboral eran también nuevos, así como las técnicas que tenía que desarrollar con tales elementos. Pero lo que era del todo distinto era la estructura de la sociedad en la cual tenía que vivir.⁵

Todo esto tenía que ser aprendido, y aprenderlo significaba que el negro tenía que pasar por una intensa subversión cultural.

En este punto emerge una pregunta de particular significado: ¿si los obstáculos que el negro tenía que sobrepasar para su incorporación cultural eran tan grandes, por qué él, en países como Colombia, asimiló en tan alto grado las maneras de la nueva sociedad hasta el punto de que hoy apenas algunos rasgos de la tradición negra sobreviven allí? Aquí podemos contrastar el caso del negro con el del indio. Los grupos indígenas en Colombia, con la excepción de los Chibchas, no alcanzaron un alto grado de desarrollo cultural, sin embargo aún hallamos unos pocos grupos dispersos cuya identidad cultural ha sobrevivido en su idioma y en su modo de vivir. El caso del negro sobresale como la

⁴ Virginia Gutiérrez de Pineda, *La familia en Colombia*, Bogotá, Facultad de Sociología, 1963, vol. I, p. 168.

⁵ *Ibid.* p. 169.

antítesis. Con la sola excepción de algunos temas musicales y otros pocos rasgos, a la tradición negra no se le permitió hacer una contribución significativa a la civilización latinoamericana.

Esto no puede ser explicado arguyendo que el esfuerzo misionero fue más intenso hacia el negro que hacia el indio: lo opuesto es lo cierto. En primer lugar, tal como Antonio Saco lo explicara hace tiempo, el propósito de los reyes de España al permitir la introducción de esclavos negros a sus colonias, no fue, contrario a lo que algunos sostienen, el convertirlos a la fe católica:

... hacer productivas las colonias con el trabajo de los esclavos negros, suplir con ellos la escasa fuerza de trabajo que la mortandad de los indios estaba ocasionando, y aliviar la pesada carga de los oprimidos indios —éstos eran los únicos motivos que el gobierno español tenía.⁶

En segundo lugar, el fragor del esfuerzo misionero fue dirigido hacia los indios, no hacia los negros. Sólo en algunos casos aislados que examinaremos más tarde, la actividad misionera estaba especialmente preocupada con los esclavos negros. Es así como tenemos la Cédula Real del 21 de noviembre de 1603, dada en el Pardo, en la cual el mismo rey afirma que los negros son la gente más olvidada que nunca se haya conocido, porque no tienen un sacerdote que les enseñe, y añade que sería conveniente seleccionar tres o cuatro sacerdotes para cada barrio de negros, para que ellos tengan también parroquias como los indios, y que los amos de los negros pagarían medio peso para sostener a los sacerdotes.⁷ Otra Cédula Real dada en San Lorenzo el 10 de septiembre de 1611 solicita un informe del gobernador de Cartagena sobre la escasez de sacerdotes que atiendan a los negros, y sugiere de nuevo que dos parroquias se dediquen exclusivamente para su servicio.⁸ Estos hechos contradicen directamente la afirmación del profesor Herbert S. Klein de que la Iglesia católica estaba íntimamente preocupada por los esclavos negros, que

⁶ José Antonio Saco, *Historia de la esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo y en especial en los países américo-hispanos*, La Habana, Cultural, S. A., 1938, vol. I, pp. 106-107.

⁷ Richard Konetzke, *Colección de documentos para la historia de la formación social de Hispanoamérica 1493-1810*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1953, vol. II, p. 99.

⁸ *Ibid.*, vol. II, p. 179.

“nunca abandonó su posición como guardiana de la vida moral, religiosa, y aun social de las razas india y negra dentro de sus dominios en el Nuevo Mundo”.⁹

En tercer lugar, explicar la asimilación del negro diciendo que él estaba mucho más cerca de sus amos españoles y criollos que el indio, porque representaba una inversión monetaria, y que gracias a este contacto la mezcla racial fue más rápida,¹⁰ puede ser un argumento plausible, pero no satisface completamente.

Es cierto, como la señora Gutiérrez de Pineda indica, que el esclavo negro estaba completamente sometido a su amo quien controlaba su vida religiosa, social y económica. El esclavo no podía viajar sin el permiso escrito de su amo, y cada esclavo fuera del control de su amo era un criminal que tenía que ser reducido de nuevo al cautiverio.¹¹ Había cédulas reales que ordenaban que los negros debían vivir con

⁹Herbert S. Klein, *Slavery in the Americas*, Chicago, The University of Chicago Press, 1967, p. 88. La traducción es nuestra. El análisis del profesor Klein del papel de la Iglesia en ablandar la esclavitud de los negros en Cuba no está confirmada por la evidencia. El llega a decir que en esta gran edad de actividad misionera al negro se le consideró un alma ignorante de la verdadera fe. La verdad es que el negro era valorado por su capacidad de trabajo solamente. El profesor Klein ofrece dos argumentos para sostener su tesis. El primero es que la Iglesia aplicó la ley de Castilla; pero es un hecho bien conocido que en el Nuevo Mundo la ley seguía un camino y las realidades de la conquista seguían otro. Más aún, la Iglesia tenía el papel específico de unir la estructura social cuya base económica dependía de la esclavitud. Su segundo argumento se basa en estadísticas que muestran que los negros participaban en todos los sacramentos y que gozaban de alguna movilidad social gracias a la manumisión y a la coartación. Mientras la última parte de este argumento tiene un alto grado de validez, el hecho de que los negros participaran en los sacramentos significa muy poco porque no sabemos si ellos comprendían lo que estaban haciendo o si eran forzados a hacerlo. Además, sus estadísticas han sido tomadas especialmente de parroquias urbanas como Santiago de Cuba, Santiago del Cobre y Habana, y apenas si toma en cuenta a los cimarrones o a los esclavos de las plantaciones. Y aun si se tomara todo esto en cuenta, el caso de Cuba continuaría siendo una excepción por el número de clérigos disponibles que en 1778 llegó a ser de uno por cada 168 personas, “un número al cual ni siquiera se aproxima ningún país en las Américas hoy”, como el mismo profesor Klein señala.

¹⁰Juan Luis de Lanoy, Gustavo Pérez, *Estructuras demográficas y sociales de Colombia*, Bogotá, Centro de Investigaciones Sociales, FERES, s.f., p. 50.

¹¹Virginia Gutiérrez de Pineda, *op. cit.*, p. 205.

sus amos españoles, que cada amo debía declarar sus esclavos fugitivos, que un esclavo no podía portar armas o salir de su casa después de las ocho de la noche (Cédula Real del 12 de octubre de 1560); también se prohibía que se adornaran con oro, sedas, perlas, capas o que montaran a caballo, y se ordenaba a sus amos que les dieran esposas. Sin embargo este argumento no resuelve el problema completamente, ya que no explica, por ejemplo, por qué sobreviven sólo vestigios de la cultura negra aún entre los descendientes de aquellos grupos fugitivos que disfrutaron de libertad viviendo como cimarrones en los palenques.

Nuestra propia explicación se basa en lo que hemos llamado la etapa negativa de la incorporación del negro, la cual envolvía la obliteración de su herencia cultural por un penoso proceso de lavado de cerebro que trataba de convertir su mente en una *tabula rasa*. Elkins ha llamado esta etapa negativa “el proceso de separación”, y él describe al menos cinco choques intensos cuyo efecto era debilitar al negro para así poder someterlo y destruir su identidad cultural.¹² El primer choque era la captura —el esclavizar al hombre libre. El segundo era la larga marcha hasta el mar cuando los esclavos eran conducidos amarrados por sus cuellos como si fueran bestias. El tercer choque era la venta a los mercaderes europeos quienes los seleccionaban, y los rechazados eran abandonados a morir de hambre mientras que a los escogidos los marcaban y luego los arriaban como ganado al barco. El siguiente paso era el viaje hasta América que Elkins llama el *Middle Passage*, tan aterrador que cualquier intento de describirlo palidece ante la realidad. El choque final venía con la llegada del negro a Veracruz o Cartagena; entonces comenzaba el palmeo o evaluación del esclavo ante un médico, el gobernador o su representante, los oficiales reales, el representante de la compañía y un notario público; este paso cerraba al marcar de nuevo al esclavo con el sello real como prueba de que el impuesto estaba cubierto y para reconocer al negro en caso de fuga.¹³

Con su llegada a Veracruz o Cartagena, la etapa negativa en la aculturación del negro estaba aproximándose a su final y la etapa positiva iba a empezar.

¹²Stanley M. Elkins, *Slavery*, Nueva York, Grosset & Dunlap, 1963, pp. 98-103. La traducción es nuestra.

¹³Aquiles Escalante, *El negro en Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional, 1964, p. 68.

La etapa positiva: la acción de la Iglesia

Cuando el esclavo era vendido en Veracruz o Cartagena, una de las responsabilidades de su amo era su instrucción religiosa. Desde 1542 se había dado la orden de que los propietarios de plantaciones o haciendas deberían tener un mayordomo quien construiría una casa o bohío, con su altar, cruz e imágenes, donde cada mañana, antes de ir a la plantación o a la mina, la cuadrilla de esclavos vendría a rezar y a oír misa en los domingos y días de guarda. También era la obligación de los amos preparar e instruir a los esclavos dentro de los seis meses siguientes a su compra para bautizarlos y darles esposas.¹⁴

Esta era la ley, pero la realidad era diferente. Los días de guarda se le daban al esclavo para que trabajara en su propio provecho y así complementara su dieta y su vestido, para que pagara sus tributos religiosos, y eventualmente para que ganara el precio de su libertad; por lo tanto la instrucción religiosa pasaba a un nivel secundario. Más aún, aunque el amo del esclavo estaba interesado en cristianizar al negro para hacerlo un sirviente más efectivo, el factor económico era decisivo: era costoso tomar tiempo del trabajo del negro para instrucción religiosa. Por lo tanto la mayor parte de la ley era letra muerta, especialmente si uno considera la imposibilidad de enseñar al bozal un nuevo idioma y una nueva creencia religiosa en seis meses. Por ello no causa sorpresa que la Iglesia nunca adoptara para la asimilación del negro una estructura como la que había organizado para la conversión del indio.¹⁵

Sólo en el siglo XVII se llevó a cabo en Cartagena un esfuerzo más o menos sistemático por adoctrinar a los esclavos y desarrollar en ellos un carácter adecuado a su posición social. Este fue el trabajo de dos jesuitas, Alonso de Sandoval y Pedro Claver. Alonso de Sandoval inició la tarea de enseñar a los negros y desarrolló un método general de tratar el problema, el cual describió en su libro, *Naturaleza, policía sagrada i profana, costumbres i ritos, disciplina i catechismo evangelico de todos etiopes*, publicado en Sevilla en 1627. Pedro Claver, que más tarde fue hecho santo de la Iglesia, fue discípulo de Sandoval y el que aplicó su pedagogía en escala masiva.

El libro de Sandoval es una joya para la investigación histórica porque describe

con gran detalle los métodos empleados en Cartagena para ganar al esclavo —la mayor parte de ellos basados en el uso hábil de la condición miserable a la cual el pobre negro había sido reducido durante la etapa negativa de su incorporación. Debemos explicar, sin embargo, que Sandoval fue un hombre sincero que quiso hacer bien a los negros, pero su esfuerzo se perdió en el remolino del movimiento histórico y vino a servir más bien a las fuerzas de la dominación cultural y racial. El propósito de su libro, tal como él lo explica en el 'Argumento del trabajo', es examinar el bautismo de aquellos que desembarcan con el título de cristianos; instruir su rudeza; y una vez que han sido enseñados, bautizarlos y restaurarlos.

El primer paso descrito por Sandoval es que el sacerdote debe venir al barco carguero con sus intérpretes e investigar si los negros han sido bautizados; anteriormente él ha dado una serie de reglas para reconocer las castas o grupos culturales y ahora nos dice:

... junta la casta, o castas, por el orden que se ha dicho, y las reglas que se han dado para conocerlas, y atraerlas con facilidad al examen y Catechismo, que se requiere y quisiere hazer de aquella, o aquellas castas; pondrá a las mugeres a una parte y los hombres a otra: y ante todas cosas lo primero que se deve hazer, es procurar ganarles a todos la voluntad, ora dandoles algo, ora haziendo se lo den sus amos, principalmente si ellos la piden, que lo suelen hazer, ora haziendo los cubran con decencia, o llevando alguna cosa, aunque sea vieja, o desechada, para este fin, pues demás de la caridad, sirve este medio para exercitar este ministerio con mas quietud, decencia, y religiosa modestia. Otras veces se les repartirán jarros de agua dulce (medio importantísimo y así tan repetido) porque ni aun la muy salobre la alcanca, u están transidos de sed principalmente las mugeres, y niños, lo cual es una cosa que ellos sobre todo estiman y agradecen. . . Tanta como esta es la sed y necesidad, que comunmente padece esta miserable gente.

(Sandoval, Lib. 3, cap. 8, p. 267)

Claramente vemos aquí el uso que el sacerdote hace de las condiciones a las cuales los negros han sido reducidos durante la etapa negativa de su incorporación. Mientras más aterradoras son sus condiciones es más fácil para el sacerdote ganar su confianza y aparecer a sus ojos como su salvador. El caso más significati-

¹⁴ Virginia Gutiérrez de Pineda, *op. cit.*, p. 282.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 283-284.

vo y obvio es el del agua. Como los negros están transidos de sed porque han sido privados de ella durante la mayor parte de la travesía, el sacerdote por un acto de caridad tan sencillo como éste se gana su voluntad y su admiración, y los predispone a escucharle y obedecerle. De aquí es natural proceder al paso siguiente y ganar también sus almas. Sandoval continúa:

De aquí saco una reflexa que se les puede hazer, y yo acostumbro en el discurso del Catechismo; con que en gran parte vienen en conocimiento de lo que se les enseña. Y es: dime hijo no te acuerdas el contento tan grande que recibió tu cuerpo con aquel jarro de agua tan lindo, dulce, y tan fresco que beviste cuando estavas transido de sed? Todos responden que si: asi, pues mira; como tu cuerpo estuvo tan alegre, con aquella agua, lo ha de estar mucho más y recibir mayor contento tu alma que allá dentro en tus carnes tienes, quando te lave la cabeça con el agua, que te digo de Dios y del Cielo para quitar tus pecados, y hazerte hijo suyo; y estas cosas dichas asi ratera y broncamente, son las que esta gente ha menester y las que les entran en provecho. Y asi este medio de hazerles bien es uno de los medios principalissimos, que para esto se pueden tomar. Y para facilitarles este Catechismo, y sacar en blanco la verdad de sus baptismos, les hablara tambien blandamente, dándoles a entender que les tiene mucho amor, pues siendo, como es Padre, Sacerdote de Dios. . .

(Sandoval, Lib. 3, cap. 8, p. 267)

Aquí el sacerdote utiliza inteligentemente el efecto intenso de la sed y la profunda satisfacción que les brindó el agua para fines de incorporación cultural y religiosa. El método pedagógico que usa se basa en una simple metáfora que los pobres esclavos deben percibir con gran claridad puesto que la han vivido y sufrido en sus propias carnes. Con esta metáfora les explica el sacramento del bautismo que es el rito de la iniciación en la cultura occidental, y por supuesto, en la religión católica.

Luego viene la obligación del sacerdote con el amo de los esclavos y su función de cementar las partes del sistema. Este es uno de los papeles más importantes del sacerdote porque el poder establecido le permite acercarse a los negros a condición de que los enseñe a ser esclavos y a funcionar dentro del sistema vigente. Por ello, él,

Dirales, que su amo les quiere mucho, y haze lo que le dize, que le pedirá y rogará les trate bien, les regale, y cure, y despues les de buen amo con que vivan contentos en su cautiverio.

(Sandoval, *Idem*, p. 268)

Y para cementar las partes del sistema Sandoval les enseña que no deben temer la cautividad porque la Fe les ofrece una libertad más rica:

Dales a entender la merced grande del Señor, en averles traydo a tierra de Christianos, dode vale mas ser cautivos que en su tierra libres: pues aca aunque el cuerpo está en trabajo por el cautiverio, el anima esta con descanso, por la libertad que ha de alcançar con el agua del santo baptismo.

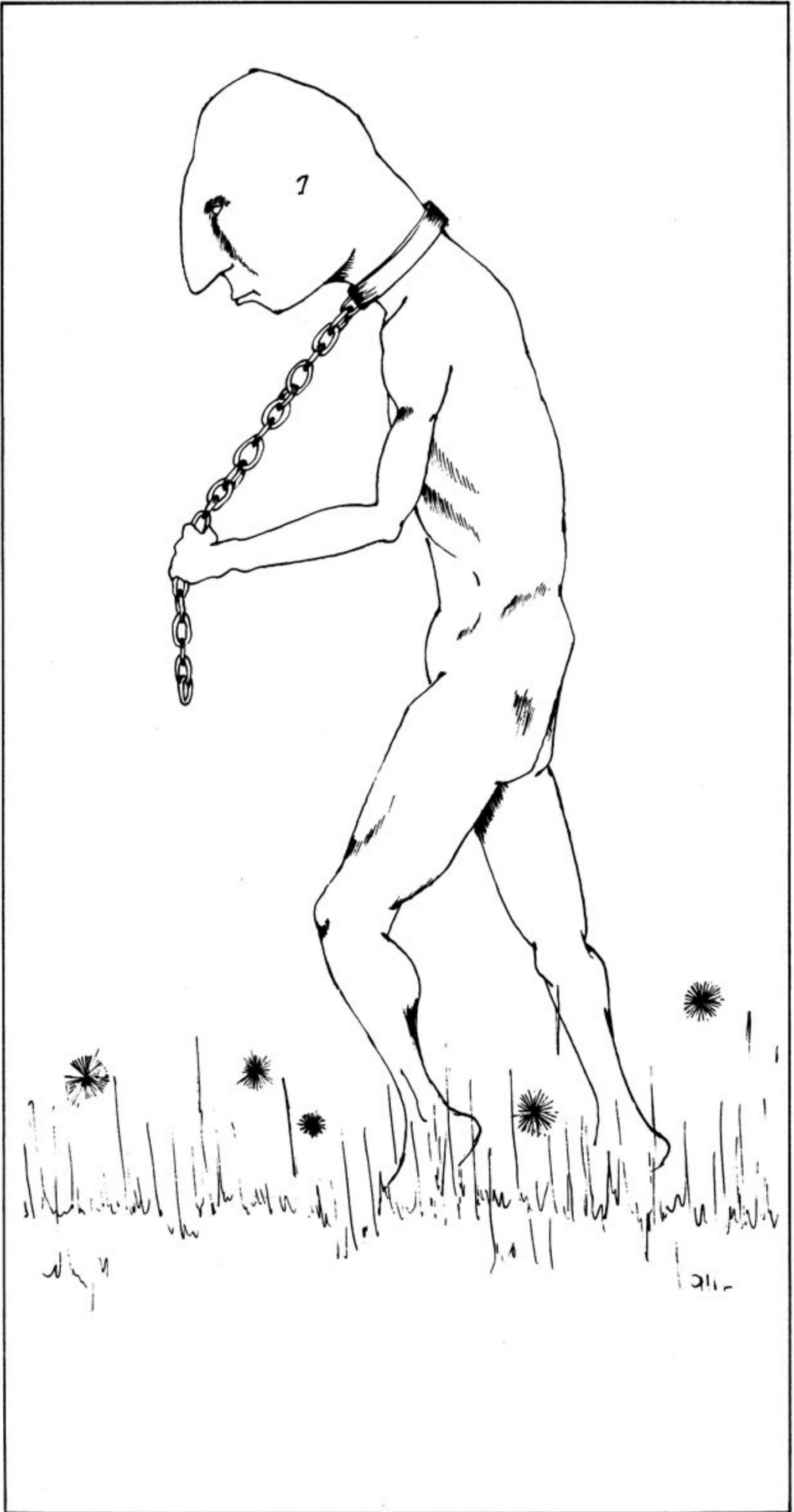
(Sandoval, *idem*.)

Tal como lo presenta Sandoval, la cautividad es uno de los grandes beneficios que Dios ofrece al esclavo, pero esto debe mostrárseles con cariño y delicadeza, preparándolos para que amen a Dios con gran fervor mediante el amor que el sacerdote mismo les profesa:

Tambien se procurará, que hagan actos de amor a Dios, y que le amen con todo su coraçon, y anima, como a su Criador, y Redemptor, y que les ha de llevar al cielo. Y a este acto se les atrae facilmente por esta comparación. Dezidme hijos a mi que os he enseñado tantas cosas, y que os quiero hazer Christianos con tanto trabajo como veyes que he tomado para ello, no me amais? no me quereis bien? Todos entonces dizen q' sí, y hazen mil salemas con que manifiestā tener este amor en agradecimiento del bien q' se les haze. Entōces se les agradece aquella buena correspondencia, y luego se les dize: Pues hijos, si a mi me amays, y mostrays tanto amor por este bien solo que os hago, & C. que amor será el q' deveis a Dios por tantos y tan grandes beneficios como os ha hecho, y bienes q' os ha dado? Por averos criado, y juntamente todas las cosas para vosotros, por averse hecho hombre, padecido hasta morir, porque le gozeys allá en el cielo para siempre, y agora quiere q' seais Christianos, sus hijos, sus hermanos. . .

(Sandoval, Lib. 3, cap. 11, p. 278)

Sandoval, pues, utiliza todos los medios de persuasión para aculturar al esclavo. Aunque él no se vale de la fuerza bruta para este fin, la realidad es que el ne-



gro, cuando llega a sus manos, ya ha recibido un lavado de cerebro que lo predispone a aceptar la enseñanza del sacerdote. Inmediatamente llega a su nueva patria, asocia al sacerdote con la esperanza y la salvación porque es él quien le ofrece agua para su abrasadora sed. Es él también quien le ofrece amor y consideración, y quien le promete la libertad, el bien máspreciado, en una vida futura.

El último paso en el trabajo de Sandoval es dar a los negros un nuevo nombre; se les bautiza en grupos de diez dando a cada uno de ellos el mismo nombre para que se lo recuerden los unos a los otros, y el sacerdote hace esto diciéndoles que de ahora en adelante son cristianos e hijos de Dios y que serán conocidos por ese nombre olvidando el que tenían en su propio país, porque éste era el nombre de un moro o un gentil y un hijo del demonio. Finalmente, un bonito rosario se pone al cuello de cada uno de ellos.¹⁶

Por último, Sandoval ofrece una magnífica conclusión que muestra el éxito de su método en reducir al negro a la esclavitud intelectual y física. Dice él que los negros son en verdad capaces de recibir la fe, y que no son bestias como algunos dicen, y que un gran signo de esta inteligencia es ver con cuanta frecuencia y con qué ternera ellos repiten el dulce nombre de Jesús cuando se les castiga, cuando están enfermos, y especialmente cuando van a morir; y que en cierta ocasión oyó a un esclavo agonizante repetir en su propia lengua: "Dios me creó, Dios me lleva, qué puedo yo hacer?"¹⁷

Si se examinan los records, sin embargo, uno encuentra las conclusiones de Sandoval un tanto optimistas. Es cierto que su método estimulaba en los negros una pasividad que los predisponía a servir como esclavos, pero también es cierto que no todos aceptaban las nuevas enseñanzas. Muchos de ellos maldecían el nombre de Dios cuando sus amos los azotaban, y esto los colocaba bajo la jurisdicción de la Inquisición.¹⁸ En una de sus cartas el inquisidor Mañozca explica que los negros eran tan cortos de inteligencia que eran como caballos, y que además era muy difícil entender su lenguaje y por esto era necesario tomar sus declaraciones con gran reserva. Luego Mañozca añade que cuando los negros llegaban de Africa se

¹⁶Sandoval, *op. cit.*, Lib. III, Cap. 2, pp. 282-283.

¹⁷*Ibid.*, p. 236.

¹⁸José Toribio Medina, *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Cartagena de las Indias*, Santiago de Chile, Imprenta Elzeviriana, 1899, pp. 107, 118.

hacia un intento por adoctrinarlos en las cosas de la fe, pero que luego se les llevaba al interior del país, y que allí, pobremente instruidos, caían fácilmente en la "idolatría del demonio" y rechazaban la fe con la misma facilidad con que parecía que la habían abrazado.¹⁹

Esta, pues, es la manera descrita por Sandoval y usada en Cartagena para examinar, catequizar, y bautizar a los negros, y así más de 6 000 eran bautizados cada año sin que nada inapropiado ocurriera.

El más asiduo intérprete y seguidor de Sandoval fue Pedro Claver (1581-1654) quien trabajó intensamente en Cartagena por 38 años bautizando a unos 300 000 negros. Pedro Claver introdujo pocas mejoras en el método general de Sandoval, pero con todo añadió un tipo de instrucción pictórica particularmente adaptable a los negros, y orientó sus enseñanzas hacia el propósito de estimular en ellos el sentimiento de culpa.

Mariano Picón Salas describe a Pedro Claver presentando a los negros dos cuadros en sus lecciones catequísticas, uno llamado el "Camino de la gloria" y el otro el "Camino de la desesperación", y diciéndoles:

Por el camino de la gloria —sacrificado y difícil como la vida misma— van los negrillos laboriosos que recibieron el bautismo, se portan como buenos y esperan en la alta lejanía que les premie y socorra; que los conduzca junto a la gran aureola de Dios, la constelada señora que salió a tenderles la mano. En el reino celeste conquistado con fe y buenas acciones, desaparecen las jerarquías terrenales. No existen amos ni esclavos, mayordomos o capataces. (Pero) los réprobos y concupiscentes marchan por el camino opuesto... El infierno es como otro barco negrero cuya cautividad no termina nunca. Y para aquel castigo no se distinguen blancos y negros sino una raza común de pecadores que ya perdió la piel, desollada de remordimiento.²⁰

A pesar de ello Pedro Claver tenía otros métodos más enérgicos para instilar en los negros el sentimiento de culpa, tan necesario para su conversión cristiana. Andrés Sacabuche de Angola, uno de los intérpretes de Claver, describía sus métodos de la siguiente manera: sacaba de su

¹⁹Carta del inquisidor Mañozca, de marzo 16 de 1622, citada por Medina, *ibid.*, p. 119.

²⁰Mariano Picón Salas, *Pedro Claver, el santo de los esclavos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1950, p. 107.

seno un crucifijo de más o menos un palmo de longitud que siempre cargaba con él. Levantándolo para que todos pudieran verlo, les decía con gran fervor de espíritu y voz temblorosa que el Señor cuyos pies y manos estaban ahí clavadas a la cruz era el Hijo de Dios quien, para redimir a la raza humana, se había hecho hombre y había muerto una muerte ignominiosa, pagando consigo mismo las penas que todos nosotros merecemos. Luego, diciendo que todos debemos ofrecer el bautismo y pedir perdón por los pecados de nuestra pasada vida de idólatras, por nuestra lujuria y nuestras borracheras, súbitamente los hacía a todos recitar en voz alta —por medio de los intérpretes— las siguientes palabras: “Señor Jesús mío, Hijo de Dios, tú eres mi Padre. Siento mucho haberte ofendido porque te amo muchísimo”, y repetían estas palabras muchas veces golpeando sus pechos al mismo tiempo.²¹

La idea de instilar en los negros el sentimiento de culpa era una medida muy inteligente por parte del sistema de gobierno colonial, al cual Claver servía indirectamente. Con el sentimiento de culpa el negro introyectaba su posición en la sociedad de su época. Si él era culpable de todos los delitos que se le imputaban era apenas lógico que le correspondiera ese lugar ínfimo que se le había dado. Más aún, con el sentimiento de culpa se disminuía la imagen que el esclavo poseía de sí mismo. El no era nada, era apenas un negrillo insignificante cargado de culpas y pesares que servía sólo para trabajar como esclavo al servicio de los blancos.

Pero si los métodos por medio de los cuales se convertía a los negros, hacían que éstos abrazaran la fe fácilmente, con la misma facilidad ellos recaían en sus prácticas tradicionales —y éstas eran demasiado del tipo de la hechicería y la brujería para no despertar las sospechas de la Inquisición.

Las prácticas religiosas del negro están ampliamente basadas en el culto a los antepasados. De acuerdo con Aguirre Beltrán, la personalidad humana la dividen ellos en tres partes: el cuerpo, el principio o soplo vital, y el alma del sueño que es aquella que deja al cuerpo cuando dormimos. Al morir, un cuarto elemento entra en juego, el espíritu del muerto que se convierte en un dios ancestral.²² La vitalidad de esta teoría es tan grande, afirma Aguirre Beltrán, que penetra todas las

constelaciones de la cultura negra y le da su tono y fisonomía particular. El culto a los antepasados existe también en otras culturas, la española y la indígena entre ellas, pero en ninguna tiene la enorme trascendencia que caracteriza ese culto entre los negros donde regula todas las manifestaciones de su cultura.²³

Entre las ceremonias del culto a los antepasados, la posesión mística, caracterizada por estupor, confusión y onirismo, es la más importante para nuestros propósitos. La posesión mística significa la llamada del dios e implica el cambio de *status* del individuo quien se convierte en un iniciado. El entrenamiento del iniciado incluye la danza y la música propias del dios. Generalmente, en momentos de crisis, el antiguo iniciado enseña al neófito los pasos de la danza del dios, los movimientos que debe ejecutar en armonía con el ritmo frenético de fierros y tambores, y también le enseña a articular los sonidos necesarios para expresar el lenguaje del dios durante el trance, así como a producirse el ataque a voluntad.²⁴

Trasladémonos ahora a Cartagena en el siglo XVII. La ciudad parecía un hormiguero heterogéneo, formado por una población de colores diversos y hasta de religiones y lenguas diferentes; había “muchos negros, mulatos, cuarterones, zambos. . . en su mayoría esclavos o libertos; había esclavos por todas partes: en las casas de los particulares y en las de los funcionarios, al servicio de la Inquisición y de los conventos, en los cuarteles y en los hospitales”.²⁵

Una ciudad como ésta, sede de la Inquisición en la Nueva Granada, era notoria por el número de hechiceros, brujos y herejes de todas las razas denunciados ante el Santo Oficio, pero la gente de color, tanto libre como esclava, parecía ser especialmente escogida para ello. Examinando los archivos, uno encuentra gente como el mulato Juan Lorenzo, nacido en Lima en 1584, que enseñaba exorcismos y brujerías a Lorenza Acereto, una mujer blanca²⁶ (Lorenzo más tarde se suicidó en la prisión de la Inquisición en Lima);²⁷ o el mulato Diego López, cirujano, caso de

²³*Ibid.*, p. 59.

²⁴*Ibid.*, p. 61.

²⁵Manuel Tejado Fernández, *Aspectos de la vida social en Cartagena de Indias durante el seiscientos*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1954, p. 21.

²⁶*Ibid.*, p. 82.

²⁷José Toribio Medina, *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Lima*, Santiago de Chile, Gutenberg, 1887, vol. II, p. 42.

²¹Angel Valtierra, S. J., *Peter Claver*, Westminster, The Newman Press, 1960, p. 127.

²²Gonzalo Aguirre Beltrán, *Medicina y magia*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1963, p. 57.

1634, "preso en las cárceles secretas deste Santo Oficio de la Ynquisición de Cartagena, por brujo, hereje y apóstata de Nuestra Santa Fe Católica";²⁸ o la esclava negra Paula de Eguiluz, bruja, que había escogido discípulos especialmente entre las mujeres blancas.²⁹ También había hermandades de brujos, y Diego López, mencionado arriba entró a una de ellas gracias a la invitación de algunas damas amigas suyas que ya estaban iniciadas. López fue atraído a una reunión de brujas un viernes, y allí fue presentado a Lucifer quien le pidió que se hiciera su discípulo. López tuvo que maldecir a Dios, a los Santos, y a la Virgen María, pero se le prometieron riquezas. Luego hubo un baile lujurioso de brujos y brujas y también demonios.³⁰

Estos son sólo algunos de los casos en los cuales las castas se vieron envueltas con la Inquisición, y ellos reflejan el conflicto entre su tradición naturalística y la orientación racionalista de Occidente. También hubo muchas autoacusaciones ante el Santo Oficio, las cuales, como Aguirre Beltrán lo dice, reflejan "la perplejidad, la incertidumbre, la duda e irresolución del ego para decidirse por una u otra de las opuestas concepciones de la vida y del mundo que a su juicio y parecer se lo ofrecieron"³¹

Las ocupaciones de los negros

Se ha argüido a menudo, y ya hemos mencionado un ejemplo de ello, que la Iglesia católica tuvo un papel especial en ablandar las durezas de la esclavitud en Latinoamérica. Esto puede ser verdadero hasta cierto punto. Sin embargo, esta acción de la Iglesia se efectuó más bien adaptando al esclavo a su función social por medio de una conducta adecuada para él, que ablandando la actitud del mercader de esclavos o del amo. De ahí el manifiesto interés de los legisladores en instruir al esclavo en la religión católica.

En ningún lugar es este interés más obvio que en la nueva legislación de 1789, después que la libre trata de esclavos fue decretada en febrero de ese año. El decreto real emitido para este propósito y titulado, "Real Cédula de su Magestad sobre la educación, trato y ocupaciones de los esclavos, en todos sus dominios de Indias e Islas Filipinas, baxo las reglas que expresan", es un código legal que trata de

regularizar cada aspecto de la vida del esclavo, que hasta entonces había sido atendida irregularmente con los principios de *Las siete partidas* y con las Cédulas de los libros III, VIII y IX de la *Recopilación de Indias*.³²

Nos preocuparemos aquí sólo con lo que significaba la idea de educar a los esclavos en el código de 1789. Es más bien curioso que las provisiones sobre educación son las primeras que se consideran allí, y que el único tipo de educación que se provee es educación religiosa. Los legisladores claramente sabían lo importante que era este tipo de educación para hacer a los negros buenos esclavos. De acuerdo con la cédula, los esclavos debían ser instruidos en religión católica y en las verdades necesarias para prepararlos para el bautismo durante el primer año de su residencia en las colonias españolas (seis meses más que en la legislación anterior). Un sacerdote, sostenido por el propietario de la hacienda, debía instruirlos en la doctrina cristiana en días de guarda y hacerlos atender la misa. En los días de fiesta en que la asistencia a misa no era requerida el sacerdote debía enseñarles la doctrina y administrarles los santos sacramentos; cada día de la semana, después de terminar el trabajo, los esclavos debían rezar el rosario en presencia del sacerdote o el capataz en perfecta compostura y devoción. En este último caso, el hecho de que el sacerdote o el capataz debían asumir el papel disciplinario sugiere que en la mente del legislador la función de cada uno de ellos era complementaria a la del otro.

La Cédula dice muy poco con respecto al trabajo de los esclavos y su necesario entrenamiento, excepto que, "la primera y principal ocupación de los esclavos debe ser la agricultura y demás labores del campo y no los oficios de vida sedentaria".³³ Estos últimos eran las artes mecánicas e industriales para las cuales los indios, y especialmente los trabajadores libres y los artesanos, eran empleados.

Esto quiere decir, pues, que los esclavos negros estaban destinados primeramente para las plantaciones y las haciendas. Nuestra idea de lo que era la vida del negro en una plantación colombiana es poco clara, excepto por algunas insinuaciones esparcidas aquí y allá. Algunas de éstas nos las ofrece la novela *El alférez real* de Eustaquio Palacios, un trabajo escrito a principios del siglo XIX, en el cual

²⁸ Fernández, *op. cit.*, p. 105.

²⁹ *Ibid.*, p. 127.

³⁰ *Ibid.*, p. 118.

³¹ Beltrán, *Medicina y magia*, p. 76.

³² Raúl Carrancá y Trujillo, "El Estatuto Jurídico de los Esclavos en las Postrimerías de la Colonización Española", *Revista de Historia de América*, núm. 3, México, septiembre de 1938.

³³ *Ibid.*

la vida de una plantación del Valle del Cauca se describe en términos similares a aquéllos usados por Gilberto Freyre en el caso del Brasil. También aquí en Colombia encontramos la Casa Grande rodeada por las chozas de los esclavos en las cuales vivían ellos en unidades familiares. No debemos ser, sin embargo, demasiado optimistas en creer que la integridad de la familia del esclavo siempre se mantuvo. Es verdad que la ley garantizaba el derecho del esclavo al matrimonio y a la integridad de su familia, pero la ley se derrotaba a sí misma porque requería que el amo hiciera una nueva inversión para comprarle cónyuge a su esclavo. La libertad que la ley daba al esclavo para escoger compañera era el medio para evitar su cumplimiento.³⁴ Las consecuencias de esta situación eran inmediatas. Con su familia desintegrada, los hijos del negro eran a menudo ilegítimos y tenían poco contacto con su padre, y puesto que la familia era la más importante agencia en la transferencia de la cultura,³⁵ la transferencia de la identidad cultural de generación en generación se veía seriamente afectada en el caso del negro.

Con su familia rota y la autoridad paternal debilitada hasta la insignificancia, el esclavo no tenía nadie a quien responder sino a su amo que era a menudo tanto su padre espiritual como su padre natural. En *El alférez real*, se amenazaba a los esclavos, en caso de desobediencia, con la posibilidad de venderlos a un amo duro —y por supuesto había algunos cuyo tratamiento de los esclavos era bastante brutal. El amo era para los esclavos la encarnación del poder absoluto, como lo explica H. A. Bullock para el caso de los Estados Unidos, el cual se puede hacer extensivo a Colombia,

Se esperaba que cada amo mantuviera autoridad absoluta sobre sus esclavos. Sostenido por la ley, su autoridad sobre ellos llegaba a los límites de la vida y la muerte. Dentro de estos amplios límites se esperaba que él demandara y consiguiera obediencia absoluta, lealtad, docilidad, diligencia, y todos aquellos otros patrones de conducta que se consideraban esenciales para la pro-

ducción gananciosa y la sobrevivencia de la economía de la esclavitud.³⁶

En cuanto a las artes mecánicas, el esclavo podía ser aprendiz de su amo, tomar el examen del oficio y practicarlo a su servicio, pero no independientemente. Y si el esclavo pasaba al poder de otro amo que no tenía esa profesión, entonces no se le permitía practicar su comercio. A pesar de ello, a los esclavos no se les permitía aprender aquellos oficios que demandaban una mayor responsabilidad y preparación técnica, ni tampoco se les permitía pertenecer a las hermandades de los artesanos.³⁷

Conclusión

Después de este análisis sobre la educación de los esclavos negros en Latinoamérica, y especialmente en Colombia, será conveniente definir el término con más claridad. Usamos aquí "educación" en el sentido que le da Bernard Bailyn, "no solamente como pedagogía formal sino como el entero proceso por medio del cual una cultura se trasmite de generación en generación".³⁸ En el caso de los esclavos negros, su educación consistía en borrar su herencia africana y en entrenarlos en los principios de la cultura occidental. Las ideas que dirigían este proceso, así como algunos de sus propósitos, han sido los problemas que hemos querido clarificar.

Por supuesto, estamos lejos de alcanzar el fondo; hay aquí demasiadas incógnitas que ahora apenas si sospechamos. Si algo hemos hecho, nuestro trabajo ha consistido más en hacer preguntas que en ofrecer respuestas.

Un tipo de pregunta que inmediatamente viene a la mente trata de los efectos que, sobre la personalidad del negro, tuvo la educación que se le ofreció en Latinoamérica y la comparación con lo que pasó en las colonias no ibéricas. Muchos de los problemas en los estudios negros serían elucidados por la investigación en esta faceta del asunto.

³⁶ Henry Allen Bullock, *A History of Negro Education in the South*, Cambridge, Harvard University Press, 1967, p. 15.

³⁷ Konetzke, *op. cit.*, vol. II, pp. 59, 108 y 116.

³⁸ Bailyn, *op. cit.*, p. 14.

³⁴ De Pineda, *op. cit.*, pp. 279-281.

³⁵ Bernard Bailyn, *Education in the Forming of American Society*, New York, Vintage Books, Books, 1960, p. 15.